

Un Belén único



*El Belén Napolitano
de la Diputación de Jaén*

Agradecimiento

Nuestro reconocimiento a la Asociación de Belenistas de Jaén Santo Rostro que, con su entrega y cariño, ha sabido tender el puente entre la familia de Pedro Rueda y la Diputación de Jaén, haciendo posible que este belén llegue a todos. Su labor ha sido tan generosa como imprescindible.

Edita

Diputación de Jaén
Pl. de San Francisco, 2, 23071 (Jaén)

Coordinador editorial

Vicente Barba Colmenero (Área de Cultura
y Deportes de la Diputación de Jaén)

Textos

Vicente Barba
Nem Labsig
Federico Jiménez
Familia de Pedro Rueda y de
María del Rosario Córdoba de Angulo

Diseño y maquetación

Andrés Pérez Muñoz

Fotografías

Vicente Barba

Imprime

Diputación de Jaén

ISBN

978-84-09-80375-0

Depósito legal

J 613-2025

El belén napolitano se encuentra ubicado
en el Museo de Artes y Costumbres Populares,
en la Sala de Religiosidad Popular,
del Centro Cultural Baños Árabes (Jaén).

Dirección: Pl. Sta. Luisa de Marillac, s/n, 23004 (Jaén)
Página web: www.bañosarabesjaen.es



Presentación

PACO REYES MARTÍNEZ

Presidente de la Diputación Provincial de Jaén

La incorporación de este belén napolitano a los fondos del Centro Cultural Baños Árabes de Jaén ofrece al visitante la oportunidad de disfrutar de una colección singular y única en torno a la tradición del belenismo que, gracias a personas como Pedro Rueda y María del Rosario Córdoba, se mantiene aún muy viva.

Estamos ante un grupo de figuras y elementos de gran riqueza artesanal y un alto valor patrimonial, que se ha ido conformando a lo largo de más de veinte años a través de una incesante labor de búsqueda en talleres de Nápoles. Agradecemos a María del Rosario Córdoba que haya cedido generosamente a la Diputación Provincial estas pequeñas y bellas obras de arte para que puedan ser contempladas por el público de forma permanente en el Museo de Artes y Costumbres Populares de este centro cultural.

Contar con un belén de estas características en este complejo museístico contribuye sin duda alguna a enriquecer los fondos de este espacio y suma un nuevo atractivo a las salas de este emblemático lugar de la capital jiennense, que es todo un referente cultural de nuestra provincia.



Introducción

El belén napolitano compuesto por Pedro Rueda García (Arjonilla, 1950 – Madrid, 2022) y su mujer, María del Rosario Córdoba de Angulo, constituye una de las colecciones privadas más destacadas dedicadas al belenismo en Andalucía.

Concebido a lo largo de más de dos décadas, este conjunto monumental refleja tanto la fascinación personal del coleccionista por la tradición napolitana del siglo XVIII como su deseo de integrar en ella elementos propios del imaginario español. Una simbiosis que lo hace único.

Rueda inició el proyecto en el año 2000 con la adquisición del Misterio creado por el escultor Paolo Fattore. A partir de entonces, cada nueva pieza fue fruto de una búsqueda minuciosa en diferentes talleres de Nápoles, algo que vuelve a enfatizar tanto su fascinación por los belenes napolitanos dieciochescos como su deseo de integrar elementos costumbristas propios del belén español; de dotar su belén de una identidad propia, muy especial y única, que aunara lo mejor de ambas tradiciones y fuese un paso más allá.

Donando a la Diputación de Jaén en noviembre de 2025, solo nos queda agradecer su generosa aportación a nuestro patrimonio y disfrutar de su belleza. Esperamos que te maravilles con él tanto como nosotros.

África Colomo Jiménez
Diputada provincial de Cultura
y Deportes de la Diputación de Jaén



En este rincón del Belén Napolitano de la Diputación de Jaén, una vendedora de flores exhibe su mercancía con un detallismo exquisito: cestas de ramos frescos y tinajas minuciosamente modeladas (se trata de flores conocidas por nosotros, la de Pascua, la tradescantia, rosas, tulipanes). Detrás de ella, un joven orfebre manipula vasijas de barro en el torno, junto a una mesa repleta de piezas recién trabajadas, testimonio del protagonismo que los oficios y la vida productiva adquieren en el *presepe* napolitano, donde cada gesto cotidiano contribuye a construir un mundo vibrante y plenamente vivo. Detrás se deja entrever un detalle de la Anunciación: lo sagrado y el día a día conviviendo.



En esta figura del belén jiennense destaca la exquisita minuciosidad con que se reproducen los objetos propios de una casa orientalizante acomodada: una tetera labrada, un almirez, un candelabro de varias luces y un narguile finamente modelado. Los bordados de hilo de oro del jubón y la casaca, característicos del fasto dieciochesco, subrayan el estatus del personaje y la pericia de los artesanos napolitanos y de Pedro y María del Rosario, capaces de trasladar al barro, al metal y a la tela el lujo textil y doméstico del siglo XVIII con sorprendente fidelidad.



n belén napolitano único

El belén napolitano reunido por Pedro Rueda García

(Arjonilla, 1950–Madrid, 2022) y su mujer, María del Rosario Córdoba de Angulo, constituye una de las colecciones privadas más destacadas dedicadas al belenismo en Andalucía. Concebido a lo largo de más de dos décadas, este conjunto monumental refleja tanto la fascinación personal del coleccionista por la tradición napolitana del siglo XVIII como su deseo de integrar en ella elementos propios del imaginario español.

Rueda inició el proyecto en el año 2000 con la adquisición del Misterio creado por el escultor Paolo Fattore. A partir de entonces, cada nueva pieza fue fruto de una búsqueda pormenorizada en talleres de Nápoles, donde aún se mantiene viva la herencia barroca de aquellas manufacturas que alcanzaron prestigio internacional durante el reinado de Carlos VII —el futuro Carlos III de España—.

María del Rosario Córdoba, esposa de Pedro y donante de esta obra maestra de la artesanía, ha destacado en diversas ocasiones el esfuerzo y la dedicación que supuso la creación del conjunto, reflejo de la ambición y el rigor con que fue concebido.

Todas las figuras están realizadas en terracota policromada, con cabeza, manos y pies modelados y un interior articulado, técnica característica del belén napolitano. Los trajes son de seda, bordados, podemos apreciar hilo de oro y algunas figuras

llevan adornos de plata. Por otra parte, entre los artesanos figuran nombres de referencia de la escultura belenista actual: Ugo Esposito, Sciuscia, Giuseppe y Marco, Rosario Signore, Lilia Bryl, Umberto Trupiano y el propio Fattore.

Su participación sitúa a esta obra dentro de la genealogía más exigente del belenismo europeo actual.

El Misterio: el eje simbólico

En el centro del belén se alza el Misterio, dispuesto sobre una estructura arquitectónica de columnas corintias con vanos abiertos que refuerzan la teatralidad del conjunto. La Sagrada Familia convive con un amplio cortejo de ángeles vestidos y *putti*, junto a los tres Reyes Magos y un séquito que incluye músicos turcos, pajes, camellos cargados de regalos y camellos. Esta escena no es solo el núcleo narrativo del belén: es también la declaración estética de Pedro Rueda, quien buscó preservar la exuberancia napolitana sin renunciar a incorporar detalles propios de los belenes españoles.

La vida cotidiana: oficios, barrios, gentes...

El panel izquierdo recrea un barrio vibrante y densamente poblado, concebido como un microcosmos de la vida urbana en el que conviven oficios tradicionales, espacios domésticos y

escenas costumbristas. Esta parte del belén funciona casi como un pequeño teatro social en el que cada figura, cada gesto y cada actividad contribuyen a construir un relato coral. Entre los oficios representados destacan el anticuario, la frutería, la floristería, la alfarería, la tienda de alfombras o la planchadora, todos ellos dispuestos de manera que permiten apreciar tanto los detalles de la indumentaria como la minuciosidad de las herramientas y productos que manejan.

En este entorno cotidiano se integra la escena de La Anunciación, al fondo de las demás, enmarcada por un soportal de madera que acentúa su carácter íntimo y meditativo. La elección de este espacio, protegido pero abierto a la vida del barrio, refuerza el diálogo entre lo divino y lo popular, rasgo característico del belén napolitano.

Además, el conjunto incluye escenas simpáticas y atemporales que revelan la imaginación y el sentido narrativo de Pedro Rueda: una vendedora de lotería de Navidad, personajes entregados a pequeñas tareas diarias o breves episodios que reproducen situaciones universales. Son detalles que invitan a detenerse, observar y descubrir nuevos matices en cada visita.

Las posadas, distribuidas en distintas estancias, evocan la vida de tránsito y acogida propia de los caminos antiguos. Una de ellas muestra la llegada de María y José, agotados por el viaje y en busca de refugio, mientras que otras representan la convivencia de los viajeros alrededor de una mesa, compartiendo alimentos, conversaciones y descanso. Estas escenas transmiten la idea de comunidad y hospitalidad, elementos esenciales en la cultura mediterránea y en la tradición belenista europea.

En primer plano, se extiende la zona de mercados al aire libre, donde destacan el puesto del carnicero y la pescadería. Ambos están repletos de género, utensilios y pequeños objetos que enriquecen el mundo material del belén. La abundancia de productos, la variedad de texturas y la disposición escenográfica

de los puestos no solo añaden verosimilitud, sino que también reflejan la vitalidad económica y social de la comunidad representada. Así, en conjunto, este panel ofrece una mirada amplia y detallada a la vida cotidiana, combinando realismo, fantasía y tradición para dar forma a un universo que respira autenticidad y humanidad.

Escenas bajo el Misterio: el pulso del pueblo

En la zona inferior se articulan varios oficios que simbolizan la energía económica y social del Nápoles barroco: panadero, cristalero ambulante, especiero o fabricante de instrumentos musicales populares, entre otros.

Un grupo de músicos y bailarines celebra la alegría de la fiesta, mientras que la presencia de la iglesia —con su torre campanario— introduce el contrapunto espiritual. Destaca especialmente la figura del mendigo, obra de Lilia Bryl, modelada con gran fuerza expresiva. Junto a él, una aguadora, un grupo de jugadores y diversas figuras vinculadas a la artesanía, el vino o la madera completan una composición donde conviven dignidad, trabajo y celebración.

El paisaje: naturaleza, rito y viaje

El panel derecho abre el belén hacia un paisaje plenamente rural, donde la naturaleza y la vida cotidiana del campo se entrelazan con escenas de profundo simbolismo.

El conjunto se articula en torno a un olivar —referencia inmediata al paisaje jiennense— que sirve como telón de fondo para diversas actividades: una lavandera que trabaja junto al puente, un pescador en calma sobre las aguas del río y un grupo de pastores que reciben, sorprendidos, el anuncio del ángel. Estas escenas, tratadas con delicadeza y sentido narrativo, evocan un mundo en equilibrio entre lo humano y lo natural. La gruta en la que una oveja acaba de parir, mientras dos pastores preparan migas alrededor del fuego, aporta una



El realismo y el gran detalle con el que se realizan y exponen las diferentes escenas en el belén donado a la Diputación nos facilitan la comprensión de la época: sus gentes, costumbres, trabajos, su modo de vida; algo que es casi un estudio sociológico del Nápoles del siglo XVIII y de algunos conjuntos españoles y universales.

intensa carga simbólica que remite al origen, la continuidad y los ciclos vitales. Esta pequeña escena, aparentemente sencilla, encierra una profunda conexión con las tradiciones pastoriles y con la espiritualidad del nacimiento y el sustento. La Huida a Egipto, representada con sobriedad, introduce un momento clave del relato bíblico y establece un arco narrativo que conecta el Misterio central con el tránsito hacia lo desconocido. El camino de María, José y el Niño se abre paso entre parajes cada vez más áridos, donde pueden contemplarse las ruinas semienterradas de templos milenarios bajo la arena del desierto. Esta transición del paisaje fértil al territorio inhóspito subraya el tema del viaje, la protección divina (superior) y la fragilidad de lo humano (inferior). Junto a estas escenas,

la almazara y sus aperos introducen la dimensión material del trabajo agrícola: el esfuerzo, la técnica y la cultura del olivar, uno de los rasgos más característicos de nuestra provincia y una de las tradiciones más auténticas de nuestro territorio. En este punto, Pedro supo unir con maestría la tradición napolitana con elementos profundamente arraigados en la identidad andaluza, logrando un diálogo natural entre ambos mundos y abriendo una puerta al pensamiento.

El conjunto culmina en un gran portal que, rodeado de animales, carros y figuras vinculadas a la vida campesina, actúa como el umbral final del recorrido. Este espacio final recoge el espíritu del viaje y de la vida rural, cerrando la narración con una escena que combina solemnidad, movimiento y una poderosa evocación del paisaje humano y natural que sostiene todo el belén.

Un belén para comprender un mundo

Más que una suma de escenas, este belén es una lectura personal de una tradición de más de tres siglos, reinterpretada con paciencia, sensibilidad y un profundo respeto por la artesanía. En él confluyen memoria familiar, cultura material y el legado de los maestros napolitanos.

El resultado es un paisaje en miniatura que permite comprender no solo un episodio bíblico, sino también la vida, los oficios, la música, la arquitectura y las emociones de un tiempo que sigue hablándonos con claridad. Una obra creada para perdurar y para ser contemplada con la atención que merece todo aquello construido desde la devoción y el conocimiento.

Vicente Barba
Arqueólogo, doctor en Patrimonio



Un muchacho del belén napolitano donado, tallado con el detallismo expresivo propio de los artesanos partenopeos, levanta un hilo de pasta con la inocencia y el asombro de quien celebra cada pequeño placer cotidiano. En la mano sostiene un plato rebosante de espaguetis coronados con trozos de tomate, mientras alrededor se adivina el bullicio de la cocina popular. Esta figura, que combina calor humano, sentido narrativo y una observación minuciosa de la vida diaria, resume a la perfección el espíritu del belén napolitano: un teatro del mundo donde la comida, el trabajo y la alegría se entrelazan para contar historias reconocibles y profundamente humanas.



En el belén napolitano
jiennense, la figura del
borracho —aquí representado
entre toneles, barricas,
damajuanas y tinajas
minuciosamente modeladas—
ocupa un lugar cargado
de sentido. No es un mero
personaje pintoresco:
simboliza el mundo profano,
la humanidad distraída e
incapaz de advertir el Misterio
que irrumpe a pocos pasos.
Su embriaguez, rodeada de
una escena de gran verismo
material, recuerda la tradición
napolitana de contraponer lo
sagrado a lo cotidiano y frágil,
subrayando que la Natividad
acontece también entre
quienes no la esperan ni la
comprenden.



En esta escena del mismo belén, la vida urbana del siglo XVIII se despliega con una precisión deslumbrante: el vendedor ambulante con todos sus licores, la carreta repleta de especias y legumbres (realizadas por el equipo técnico del Centro Cultural Baños Árabes), mientras los racimos de pimientos rojos colgados y los sacos de grano y harina recrean la atmósfera de un mercado popular. A un lado, el personaje sentado junto a los sacos de mercancía añade un contrapunto de calma, subrayando la variedad de oficios y ritmos que conviven en el *presepe*. La riqueza de detalles —desde las texturas de los alimentos hasta la arquitectura gastada— celebra la vida cotidiana como escenario donde lo extraordinario está a punto de revelarse.



En esta escena del belén napolitano se despliega una vibrante estampa de la vida urbana del siglo XVIII. A la izquierda, un anticuario musulmán, rodeado de objetos antiguos, libros, tejidos, instrumentos y metales finos, evoca la intensa actividad comercial y el gusto por lo exótico que caracterizaron a la Nápoles dieciochesca. Bajo el pórtico, una vendedora alza un cesto repleto de productos frescos mientras que un joven transporta una canasta de uvas, rodeados de frutas, verduras y colgaduras que recrean la abundancia del mercado popular. Articulada como un pequeño mundo en miniatura, entrelaza el comercio, la alimentación y las relaciones sociales, revelando la profundidad narrativa del belén napolitano: un escenario donde la diversidad cultural, los oficios tradicionales y la vida doméstica se convierten en una crónica visual de una época vibrante y cosmopolita.

Biografías

Pedro Rueda García

Pedro Rueda García nació el 26 de febrero de 1950 en Arjonilla (Jaén), hijo único de Francisco Rueda y Juana García. Cursó sus primeros estudios en su localidad natal y completó el bachillerato en el colegio de los Hermanos Maristas de Jaén. Más tarde se trasladó a Granada, donde obtuvo la licenciatura en Derecho. En abril de 1976 contrajo matrimonio con María del Rosario Córdoba de Angulo y fijó su residencia en Jaén, ciudad en la que desarrolló una sólida trayectoria profesional como registrador de la propiedad y mercantil. Su vida laboral, marcada por el rigor jurídico y la responsabilidad pública, convivió siempre con una amplia gama de intereses personales. Entre ellos, la gastronomía, de la que disfrutaba en todas sus expresiones, entendida como un territorio de placer, memoria y convivencia. También la pintura formaba parte esencial de su universo estético, que le ofreció un espacio de contemplación y sensibilidad que halló en los belenes un sentido vital. Y al mundo de estos se entregó con especial dedicación, ya que en los belenes encontró un lenguaje artístico que aunaba historia, artesanía y belleza, convirtiéndose en su gran pasión final, como muestra el belén napolitano legado a la Diputación de Jaén por su esposa en noviembre de 2025.

Pedro Rueda García falleció en Madrid el 8 de junio de 2022. Dejó tras de sí la memoria de una vida plena, unida al ejercicio del Derecho, la familia y una vasta inquietud cultural que hoy forma parte de su legado.

María del Rosario Córdoba de Angulo

María del Rosario Córdoba de Angulo nació el 23 de mayo de 1950 en Almería, en una familia que otorgaba gran valor a la educación como vía de crecimiento personal. Inició su formación en su ciudad natal, en el colegio de las Jesuitinas, y posteriormente se trasladó a Granada, donde cursó Medicina y Cirugía y se especializó en Hematología Clínica. Su trayectoria profesional se desarrolló en distintos centros sanitarios, como el Hospital de Jaén y el Hospital de Úbeda, aunque fue en el Hospital Neurotraumatológico donde ejerció la mayor parte de su carrera y consolidó su vocación médica. Más allá de su dedicación al cuidado de los demás, María del Rosario cultiva diferentes intereses, como el mundo ecuestre, la lectura, la gastronomía y los viajes. Hace ya un tiempo descubrió dos pasiones que la acompañan con intensidad creciente: la pintura y el arte de los belenes. En ambas encuentra un territorio de expresión íntima, creatividad y serenidad.



El matrimonio compuesto por María del Rosario y Pedro, grandes amantes de la cultura en general, donantes del belén napolitano.



Figura magnífica realizada por Lilia Bryl, en cerámica policromada, representa un mendigo y es una de las figuras más bellas y valiosas del belén de la Diputación de Jaén. Con su mano extendida, el gesto fatigado y suplicante y la sobriedad desgarrada de las telas, la pieza encarna la dignidad frágil de los desposeídos y aporta una intensidad humana excepcional al conjunto. Además, destaca por un verismo extremo: bajo las telas encoladas, la artista modeló la anatomía completa del cuerpo, incluidos los genitales, en coherencia con su búsqueda de una verdad física absoluta. Su intensidad humana resulta extraordinaria.



Escenas costumbristas del Belén Napolitano de la Diputación de Jaén, donde la vida popular se recrea con notable precisión: junto al obrador aparece una castañetera, figura tradicional en los belenes españoles, y en la otra imagen, el puesto de carnes y embutidos (nótese el jamón serrano propio de España que porta el vendedor). Estas figuras simbolizan la cotidianidad que continúa pese al milagro, la dignidad del trabajo humilde y la abundancia compartida, elementos que, desde la tradición belenista, recuerdan que el Nacimiento se inserta en la vida real del pueblo y la ilumina desde dentro.

Un belén napolitano que trasciende el tiempo



l sueño de Benino

Pedro Rueda vivió la Navidad con una intensidad que contagiaba a cuantos le rodeaban. En el año 2000, un regalo de Reyes de su esposa Rosario —el Misterio y los Reyes adorando— despertó en él una vocación belenista que, ya latente en su corazón, se convertiría en una obra de arte que habría de trascender las paredes de su hogar en Jaén.

Durante más de dos décadas, Pedro y Rosario construyeron pieza a pieza un belén napolitano que en la actualidad se alza como testimonio de dedicación, fe y maestría artesanal.

Tras varios viajes a Nápoles, fueron adquiriendo los *pastoris*, figuras seriadas de escultores napolitanos famosos, que conviven con creaciones propias: figuras pintadas al óleo por Pedro y posteriormente vestidas por Rosario. Cada detalle —desde los adoquines del suelo hasta los alimentos en los puestos del mercado— fue creado con sus propias manos.

El belén distingue dos niveles que dialogan entre lo divino y

lo humano. La parte celeste presenta el Misterio y la Adoración en su solemnidad sagrada, mientras que la terrestre despliega el bullicio característico del mercado napolitano del siglo XVIII. En este universo “congelado”, vendedores y mercaderes celebran el nacimiento de Jesús cantando, bailando y tocando instrumentos.

Los edificios que albergan las escenas comerciales fueron confeccionados íntegramente por Pedro, recreando en sus interiores los muebles, herramientas y utensilios propios de cada oficio. Esta afición compleja exigió que Pedro dominara múltiples facetas: escayolista, pintor, carpintero, decorador, electricista y arquitecto. Todo ello mezclado con imaginación, dedicación y, sobre todo, paciencia. Cada logro estimulaba el siguiente, y conquistar nuevos retos llenaba de satisfacción a la pareja. Y desde luego no es extraño cuando se contempla el resultado.

Durante años, el belén fue visitado por familia, belenistas y amigos de amigos. La puerta de su casa estaba siempre abierta

Esta figura representa al *benino*, el pastor dormido que simboliza el descanso en el camino o en la actividad del pastoreo y, en otro plano, la espera inconsciente del Misterio y el despertar espiritual que anuncia la Natividad.

Tumbada sobre un camastro de varas finas y hierbas secas, la figura transmite una humanidad íntima: el rostro confiado, con la boca abierta de puro cansancio, la mano con la que sujeta a su probablemente hijo, que duerme también... Su presencia introduce en el *presepe* un instante de calma y vulnerabilidad, recordando que incluso en el descanso más profundo late la promesa de un mundo a punto de renovarse. Ellos están soñando con este belén...



para contemplarlo. Sin embargo, al considerar concluido el trabajo tras la muerte de Pedro, y dado que ocupaba gran parte del salón de su domicilio, Rosario tomó una decisión que honra la memoria de su esposo: donarlo para que fuera conocido por un círculo más amplio.

El Centro Cultural Baños Árabes de Jaén, gestionados por la Diputación Provincial, resultan el marco ideal. La institución aceptó la donación pura y simple del belén napolitano con el fin de exponerlo permanentemente en su Centro Cultural, en la sala de Religiosidad Popular. Con cuidado y conocimiento, el belén fue desmontado, y con cariño y oficio vuelto a montar, respetando su configuración original.

*Familia de Pedro Rueda y
de María del Rosario Córdoba de Angulo*



En esta escena del mismo belén, el taller del carpintero aparece recreado con un verismo excepcional: sierras, escoplos, gubias, mazos y tablones se distribuyen sobre el banco de trabajo con la precisión propia de los *presepi* napolitanos del siglo XVIII. La figura del artesano, entregado a su oficio, evoca de inmediato la tradición que identifica a san José como carpintero, recordando que el Mesías nacerá en el seno de un hogar humilde marcado por la labor manual. A un lado, oculto en la penumbra, reaparece la figura del borracho, un recordatorio del contraste entre la dignidad del trabajo cotidiano y las quiebras humanas que el *presepe* integra sin moralismos.



Aquí el pastor sostiene un cordero recién nacido mientras el rebaño avanza con un realismo sorprendente: cada oveja, que destaca por los vellones de lana modelados con esmero, lo mismo que sus posturas, refuerza el carácter viviente del *presepe*. En la tradición cristiana, el rebaño simboliza al pueblo que aguarda al Mesías, y el cordero, en manos del pastor, anticipa tanto la inocencia del Niño como su futura dimensión sacrificial. La cercanía física entre hombre y animales subraya la humildad del escenario donde irrumpe el Misterio, recordando que la revelación acontece entre los más sencillos.

Una mirada arqueológica al belén



tiempo, memoria y materialidad

Contemplar un belén —cualquiera, desde las catacumbas hasta Nápoles, desde una cueva de Tierra Santa hasta un taller barroco— es enfrentarse a uno de los ejercicios de memoria cultural más persistentes de la historia mediterránea. Para un historiador y arqueólogo, el belén no es solo una representación devocional: es un artefacto complejo donde se entrecruzan tradición, poder, imaginario social, transformaciones materiales y devoción. En sus figuras, en sus arquitecturas y en sus paisajes se condensa una larga historia de reinterpretaciones y apropiaciones, tal como toda cultura realiza y se construye.

El nacimiento de Jesús no dejó restos arqueológicos directos; no contamos con estructuras materiales que documenten el acontecimiento. Lo que sí dejó es algo aun más poderoso: una iconografía fundacional, nacida en los márgenes oscuros de las catacumbas romanas, cuando la comunidad cristiana necesitaba dotar de forma visible aquello que creía en secreto. Aquellos primeros frescos del siglo II, tan sobrios y esquemáticos, son el punto de partida de una genealogía iconográfica que, a lo largo de casi dos milenios, se ha ido modelando según las necesidades espirituales, políticas y sociales de cada época. Pero esta iconografía no es un reflejo neutro del pasado: es el resultado

de una interpretación constante, condicionada por los tiempos y las sensibilidades que la producen. Cada escena que hoy damos por “natural” —la cueva, el portal, los pastores, los oficios, el paisaje— es fruto de decisiones históricas concretas. Hemos construido, generación tras generación, un imaginario común sobre cómo “fue” la vida de Jesús, de María y de José, sobre cómo era su entorno, sus ciudades, sus objetos y sus costumbres. Esta imagen no procede de la arqueología, sino de la necesidad humana de visualizar el relato, de ponerle rostro y cuerpo a aquello que veneramos. Crear un belén implica, en cierto sentido, captar el momento narrado, fijarlo en una forma material que permita imaginarlo, sentirlo y transmitirlo.

Desde nuestra perspectiva contemporánea, el belén no es un objeto estático: es un palimpsesto, una memoria estratificada donde el pasado persiste iluminado por la luz de nuestro presente. Cada siglo añade una capa nueva sin borrar del todo la anterior. La liturgia medieval reforzó su carácter didáctico; el Gótico acentuó la dimensión emocional y narrativa; el Renacimiento introdujo la humanidad cotidiana; el Barroco, la teatralidad exuberante. Y cuando en Nápoles, durante los siglos XVII y XVIII, los artesanos decidieron incorporar en sus escenas

los oficios, los mercados, la fiesta, los mendigos y la vida urbana, el belén dejó de ser solo un episodio bíblico para convertirse en algo radicalmente moderno: un retrato antropológico de la ciudad.

Esa es, precisamente, la clave arqueológica que nos permite comprender su permanencia. El belén no mira solo hacia Belén de Judea; mira hacia la comunidad que lo construye. Por eso adopta los materiales disponibles, los oficios locales, la estética del momento. Por eso puede dialogar con el olivariense igual que dialogó con los talleres de terracota de Nápoles o con los imagineros del Levante español. Su valor radica en su capacidad para absorber el mundo real —sus técnicas, sus paisajes, sus tensiones— y transformarlo en un escenario simbólico donde lo cotidiano y lo sagrado se reconcilian.

Desde la arqueología, un belén es también un archivo material. Sus técnicas —la terracota policromada, los cuerpos articulados, los tejidos reales— hablan de economías artesanales, de redes comerciales y de tradiciones locales de manufactura. Sus arquitecturas reproducen modelos históricos, a veces idealizados, otras veces fieles a ruinas que aún podemos estudiar. Y su orden escénico, tan cuidadosamente planificado, funciona como un relato espacial: del origen al viaje, del refugio al mundo exterior, de la vida íntima al bullicio del mercado.

Mirar un belén desde esta óptica nos obliga a reconocer que su fuerza no reside únicamente en lo que representa, sino en cómo



La escena central de este belén napolitano anónimo se alza entre ruinas clásicas, donde lo sagrado irrumpe en un mundo que declina, uniendo historia, mito y una sensibilidad profundamente barroca.

lo representa, en la suma de tiempos, en la superposición de culturas, en la continuidad de una práctica que, cada invierno, vuelve a brotar. El belén es, al fin y al cabo, un acto de memoria material. Una forma de contar la historia —la grande y la pequeña— a través de objetos que, más allá de su belleza, conservan la huella de quienes los crearon, los usaron y los reinterpretaron.

En su humilde teatralidad, el belén nos recuerda que el pasado no es un lugar remoto, sino un territorio en permanente construcción. Y que cada generación, al levantar su propio nacimiento, participa de un legado que no se limita a reproducir una escena bíblica, sino que afirma, de manera silenciosa y persistente, la continuidad de una sensibilidad humana que atraviesa siglos, geografías y culturas.

Vicente Barba
Arqueólogo, doctor en Patrimonio



En el Belén Napolitano de la Diputación de Jaén, José y María avanzan en busca de refugio mientras dos mercaderes exhiben alfombras que evocan rutas lejanas y oficios ancestrales. Desde un balcón, un hombre observa el movimiento de la calle, listo para dormir. Cada detalle—los tejidos, la arquitectura popular, el pequeño perro que asoma entre la paja— compone una escena vibrante donde lo cotidiano se abre, sin estridencias, al misterio que está a punto de revelarse.

Por otro lado, la escena respira una convivencia natural entre mundos diversos, propia del belén napolitano y su mirada abierta al mediterráneo. Cada figura parece atrapada en un instante preciso, como si el tiempo se detuviera antes de transformarse. En este cruce de caminos, lo humilde adquiere una dignidad nueva, preludio silencioso del acontecimiento que cambiará la historia.



Este joven vendedor ambulante, figura característica perteneciente al belén donado, sostiene una bandeja repleta de dulces navideños y licores que evocan la efervescencia comercial de las calles de Nápoles en el siglo XVIII, pero que son típicos de España. Su gesto atento sugiere el trajín diario de quienes ofrecían, entre pregones y pasos rápidos, un festín de sabores a propios y forasteros. En la bandeja conviven turrón de Jijona, blando, peladillas, polvorones, mantecados y licores que brillan bajo la luz cálida de la escena, revelando el gusto por el detalle minucioso de los talleres napolitanos y de Pedro y María del Rosario una vez más. Su indumentaria —sencilla pero viva—, junto al dinamismo del entorno, convierte a este pequeño comerciante en un testigo privilegiado de la vida popular que rodea al Misterio central del *presepe*.



Historia del belén desde las catacumbas hasta Nápoles



acer cada invierno



La tradición del belén nace de un concepto esencial para el cristianismo primitivo: hacer visible lo invisible, traducir el misterio de la Encarnación a una forma plástica accesible a los fieles. Su genealogía, sin embargo, es más larga y compleja de lo que suele imaginarse. A lo largo de casi dos milenios, el nacimiento de Jesús ha sido reinterpretado por distintas culturas cristianas, configurando un imaginario que hoy reconocemos como universal.

Los primeros siglos: la iconografía que emerge en la penumbra

Las representaciones más tempranas de la Natividad aparecen ya en el siglo II, entre los frescos y relieves de las catacumbas romanas. En la llamada *Capella Greca* de las Catacumbas de Priscila se conserva una de las escenas más antiguas: la Virgen sostiene al Niño en brazos, mientras tres figuras vestidas con túnicas cortas —los Magos— avanzan hacia ellos. Esta imagen, sobria y directa, inaugura una larga tradición iconográfica que perdura hasta la actualidad.

Otros testimonios, igualmente tempranos, se localizan en las catacumbas de San Pedro y San Marcelino (siglo III) y en la de Domitila (siglo IV), donde se identifican escenas de adoración. Puede decirse que la iconografía de la Natividad se consolidó durante el siglo IV en los sarcófagos paleocristianos. El sarcófago de Adelfia, descubierto en 1872 en las catacumbas de San Juan de Siracusa y fechado hacia el año 340, presenta en su friso el Portal de Belén con Jesús en el pesebre junto al buey y la mula, incluyendo ya la escena de los Magos siguiendo la estrella. Por otra parte, la presencia de un espacio de culto similar a la “Cueva de Belén” o “Gruta de la Natividad” de Belén en la basílica romana de Santa María la Mayor, ya en el siglo VIII, confirma la continuidad de esta devoción y su anclaje litúrgico (en esta gruta se colocaron las reliquias de la Santa Cuna, debido a lo cual la basílica adquirió el nombre de Santa Maria Ad Praesepem).

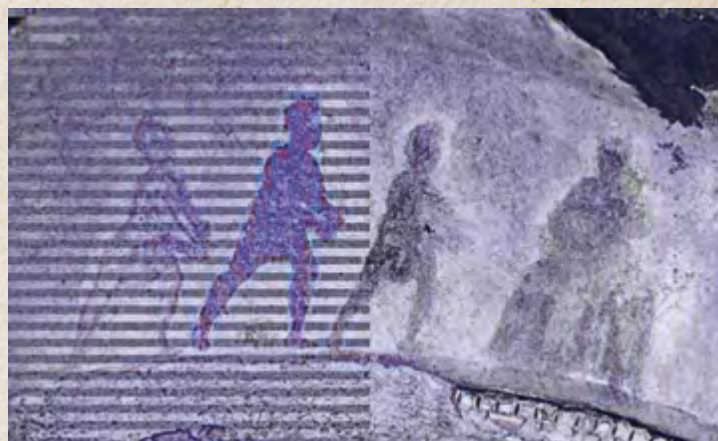
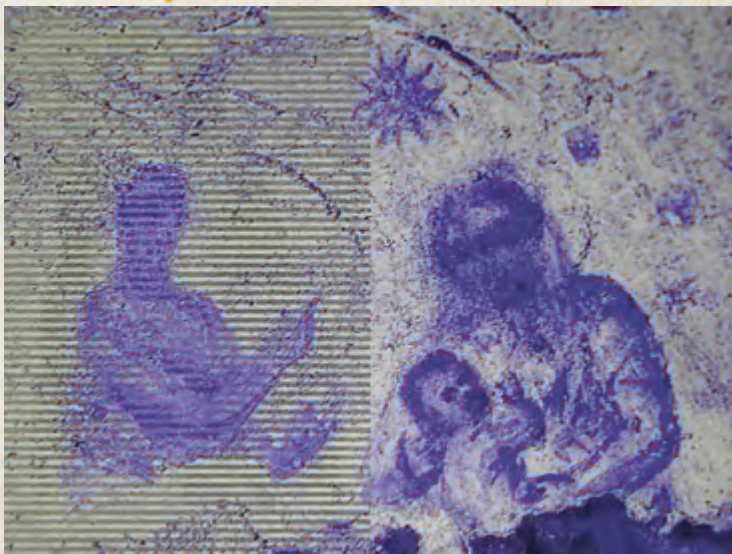
En época románica, la Natividad se convierte en un tema central para miniaturas, frontales y relieves. Durante el Gótico, las representaciones se vuelven más narrativas: a veces el Niño



En esta escena del belén jiennense, los pastores avanzan entre senderos y rebaños mientras la música —tocadores de flauta y mandolina, personajes esenciales del *presepe*— marca el ritmo de su caminar. El tránsito desde los márgenes hacia el portal simboliza la llamada universal al Nacimiento, donde incluso los más humildes acuden guiados por el canto, la luz y el asombro compartido. Por otra parte, destaca el sorprendente realismo de las ovejas, cuidadosamente modeladas para reproducir la textura del vellón y la viveza del movimiento del rebaño. A la izquierda, el muchacho con los ojos vendados que juega con cacharros de barro introduce una nota de vida cotidiana, y es símbolo de la inocencia y el azar, una figura tradicional del *presepe* que recuerda cómo el mundo sigue su curso, ajeno aún al milagro que está a punto de revelarse.



Escena del mismo belén en la que aparece un mercader de especias orientales, sentado bajo una hornacina de san Antonio, y rodeado por sacos de especias y granos. Este introduce la dimensión comercial y cosmopolita propia del *presepe* napolitano del siglo XVIII. Su presencia, inspirada en las rutas mediterráneas, recuerda que el Nacimiento convoca a pueblos de orígenes diversos, mientras que los detalles minuciosos de los productos acentúan el realismo característico de estos conjuntos.



Estas imágenes corresponden a las Catacumbas de Priscila, datadas en torno a finales del siglo II o inicios del III, consideradas por numerosos historiadores la imagen mariana más antigua conservada.



Sarcófago de Junio Basso, fechado en el año 359 d. C. Considerado una de las obras maestras de la escultura paleocristiana, presenta un programa iconográfico en dos registros superpuestos con episodios del Antiguo y del Nuevo Testamento. En el margen superior de la derecha, aparece la Natividad.



Adoración de los pastores, obra del Taller de los Hermanos Serra, realizada hacia 1365–1375, ejemplo característico del gótico catalán. Pintada al temple sobre tabla y con fondo de pan de oro, representa la escena del Nacimiento con María, José y el Niño en un pesebre flanqueado por el buey y la mula, siguiendo la iconografía difundida en la Europa medieval desde el siglo XIII.

aparece fuera del pesebre, bendiciendo, mientras María muestra un rostro de aflicción anticipada, en una iconografía que enlaza ya nacimiento y pasión. El Renacimiento, por su parte, aportó

un giro más íntimo y humanizado: el Niño jugando con corde-
ros, María sonriente, escenas llenas de ternura y naturalidad.
Con el Barroco, la teatralidad y la abundancia transformaron
estas composiciones sin perder su dimensión simbólica.

Del rito a la imagen: la liturgia como escenario originario

Desde el siglo X, la liturgia de Nochebuena incorporó el pesebre
como recurso catequético. El dramatismo de estas representa-
ciones creció tanto que hacia 1207 el papa Inocencio III,
alarmado por la deriva casi profana de algunas escenas,
prohibió las representaciones teatrales en las iglesias.
Este gesto, paradójicamente, preparó el terreno para el
nacimiento del belén tal y como lo conocemos.

Greccio, 1223: el acontecimiento fundacional

El episodio de San Francisco de Asís en Greccio, narrado por San
Buenaventura, está considerado el verdadero origen del belén
devocional. Tras regresar de Tierra Santa, el santo quiso repro-
ducir en una cueva el ambiente de Belén: un pesebre, un buey,
una mula y la presencia orante de los fieles. No hubo actores
representando a María o José; no fue un belén figurado, sino un
gesto litúrgico que trasladaba la Navidad al corazón de Umbría.
La tradición cuenta que, durante la misa, un Niño luminoso
apareció en el pesebre; visión que marcó profundamente la
imaginación cristiana. A partir de Greccio, la escena del
Nacimiento comenzó a instalarse en las iglesias italianas y más
tarde en toda Europa. Las primeras esculturas fijas datan ya del
siglo XIII, como el conjunto atribuido a Arnolfo di Cambio
para Santa María la Mayor.

La expansión europea: del templo al hogar

Italia, Toscana y el Reino de Nápoles se convirtieron en territorios
privilegiados para el belenismo. En Nápoles, especialmente desde



Giotto, en la *Institución del pesebre en Greccio* (c. 1295–1299), y Botticelli, en su *Natividad mística* (1500–1501), reinterpretan el nacimiento de Cristo desde dos momentos clave del arte italiano. El primero documenta la recreación del pesebre por san Francisco; el segundo integra simbolismo apocalíptico y júbilo angélico propio del clima espiritual de la Florencia savonaroliana.

el siglo XVII, los talleres comenzaron a introducir figuras de la vida cotidiana: mercaderes, médicos, mendigos, músicos, artesanos... Se trataba de una sociedad entera en miniatura. Este enfoque, tan propio de la ciudad partenopea, modeló el belén napolitano como un mundo completo, mezcla de fe, teatro y vida popular. El Concilio de Trento (1545-1563) fijó las bases iconográficas de las representaciones, prohibiendo elementos considerados inapropiados como las parteras o el baño del Niño, aunque paradójicamente el buey y el asno —ausentes en los Evangelios canónicos— pervivieron por su arraigo en la tradición. Después, el descubrimiento de Herculano en 1738 y de



Pompeya en 1748 —bajo el patrocinio de Carlos VII de Nápoles, futuro Carlos III de España, y dirigido por el ingeniero aragonés Roque Joaquín de Alcubierre— transformó la escenografía belenística: las ruinas clásicas recién excavadas se incorporaron como fondo de los nacimientos, y el neoclasicismo impregnó la representación del portal.

Las figuras, conocidas como *pastori*, se realizaban con cabezas de terracota policromada modeladas por escultores como Giuseppe Sanmartino —el mismo autor del célebre Cristo velado (1753) de la Capilla Sansevero—, extremidades de madera tallada, cuerpos de alambre y estopa que permitían articulación, ojos de cristal y vestidos confeccionados con sedas de la Real Fábrica de San Leucio, fundada por el propio rey.

España: una tradición más antigua que Carlos III

Aunque suele atribuirse a este monarca la introducción del belén en España, la investigación histórica demuestra que la tradición estaba presente mucho antes. El belén más antiguo conservado en nuestro país —el Belén de Jesús de Palma— fue realizado hacia 1475-1480, probablemente por artesanos italianos, y llegó a Mallorca en 1536 como exvoto marítimo.

Los vínculos entre España y el virreinato de Nápoles hicieron que numerosos belenes napolitanos llegaran a la península

como regalos diplomáticos o devocionales, como los conservados en Monforte de Lemos o Salamanca.

Lo que sí hizo Carlos III fue institucionalizar el belén en la corte. Ordenó construir un belén monumental para su hijo, el futuro Carlos IV, conocido como *El Misterio del Belén del Príncipe*, que llegó a reunir más de 6000 piezas. Su influencia consolidó un gusto cortesano refinado, que convivió con la tradición popular transmitida por imagineros en barro policromado.

Del barro a la serie: los belenes en la Edad Moderna

Desde el siglo XVII, los belenes pasaron de las iglesias a los hogares nobles. Con el tiempo, la producción seriada —en barro cocido o incluso sin cocer— permitió que la tradición se democratizara. Regiones como Murcia, Granada, Barcelona y Olot se convirtieron en núcleos de manufactura. Así, Olot —con sus figuras de estilo hebreo, ajustadas al rigor histórico— ganó

Abajo, conjunto escultórico del belén de Arnolfo di Cambio, que representa el nacimiento y fue encargado por el papa Nicolás IV en 1291. Este conjunto de mármol, considerado el primer belén conocido de la historia del arte, se encuentra en la Cripta del Pesebre de la basílica Sta. María la Mayor.





En la página anterior (a la derecha), detalle del *Misterio del Belén del Príncipe* (siglo XVIII), creado en Nápoles para Carlos III, ejemplo magistral del belenismo cortesano napolitano por la calidad de sus figuras y el refinamiento de los tejidos.

Sobre estas líneas, escena del *Belén Monumental de Bancaja*, uno de los nacimientos tradicionales más visitados de Valencia, creado por el artista belenista Pedro Ródenas Boldú y ampliado durante décadas con la colaboración de la Asociación de Belenistas de Valencia. La composición reproduce una arquitectura palaciega de inspiración clásica, característica del belenismo valenciano, con figuras realizadas en diversos talleres españoles.

especial notoriedad desde comienzos del siglo XX. Paralelamente, mercadillos navideños como la Fira de Santa Llúcia en Barcelona o la Plaza Mayor de Madrid consolidaron el hábito de “ampliar el belén” cada año.

El belén contemporáneo: institución, arte y comunidad

En las últimas décadas, el belén ha consolidado un interés creciente, tanto artístico como patrimonial. Ejemplos como el *Gran Belén de Bancaja*, uno de los mayores de Europa, o la labor de las Asociaciones de Belenistas han elevado esta tradición a un ámbito profesionalizado, con técnicas escénicas, cursos especializados y concursos que valoran creatividad, calidad escultórica y fidelidad iconográfica.

Significado y permanencia

El belén —portal, nacimiento o pesebre— hunde sus raíces en Belén de Judea, tal como narran los evangelios de Lucas y Mateo. Su centralidad simbólica radica en lo que representa: la irrupción de lo divino en lo cotidiano, de la esperanza en medio de la precariedad.

La tradición ha evolucionado sin perder su núcleo: un niño recién nacido, una madre y un padre, un pesebre, animales, pastores y, desde el siglo III, la presencia de los Magos.

Los dones —oro, incienso y mirra— continúan siendo eloquentes: realeza, divinidad y humanidad. Y, como recuerdan los estudios sobre el belén napolitano, el verdadero milagro es su capacidad para acoger cada época dentro de su escena: la vida real, los oficios, las preocupaciones, los sueños y las comunidades que lo construyen. Así, el belén es, más que una tradición, una manera de narrar el mundo y la esperanza.

Nem Labsig
Historiadora del arte



Escena de la Anunciación del Belén Napolitano de la Diputación de Jaén, realizada con figuras de estilo tradicional del siglo XVIII: cabezas y extremidades de terracota policromada, ojos de cristal y ropajes confeccionados con telas naturales. La composición reproduce un interior doméstico característico del belenismo napolitano, con el ángel Gabriel irrumpiendo desde lo alto y María sorprendida ante el anuncio, siguiendo la iconografía fijada por los Evangelios y por la tradición artística barroca.



Momento de la Adoración de los Magos del mismo belén, inspirado en la tradición dieciochesca originada en Nápoles bajo los borbones. Las figuras, con cabezas y extremidades de terracota policromada y vestidas con ricas telas naturales, se disponen ante una arquitectura en ruínas —motivo característico del belenismo napolitano— que simboliza el mundo antiguo que deja paso al nacimiento de Cristo, mientras ángeles y querubines completan la composición aérea del conjunto. Al fondo, a la derecha, ¡maravilla de la simbiosis!, aparece un bello campo jiennense con sus olivares.

Por otro lado cabe destacar que existieron comadronas en las primeras representaciones del parto de María, según tradiciones orientales y occidentales recogidas en los Evangelios apócrifos. Estas desaparecen a partir del siglo XV, al imponerse modelos más teológicos que narrativos.



Detalles de diferentes escenas populares del belén jiennense, donde la vida cotidiana se despliega con minucioso realismo: vendedores, músicos, artesanos y comensales ocupan la plaza en una coreografía coral que evoca el bullicio de un mercado mediterráneo. La precisión de los oficios, los gestos y la ambientación arquitectónica subraya el carácter costumbrista del conjunto, que integra la alegría, el trabajo y la sociabilidad del pueblo como marco vivo del Nacimiento.





Pareja de bailarines del Belén Napolitano de la Diputación de Jaén interpretando la tarantela, danza tradicional del sur de Italia caracterizada por su ritmo vivo, movimientos circulares y vueltas rápidas que acompañaba antiguamente a melodías festivas de tamboril y cuerda. El muchacho baila tocando las castañuelas, instrumento típico andaluz que introduce un contrapunto español a la escena y que subraya la energía jubilosa de la misma.



El belén napolitano



arroco, teatral y profundamente humano

El belén napolitano es, sin duda, una de las expresiones más singulares y fascinantes del arte popular europeo. Este tipo de representación de la Natividad trasciende la mera función devocional para convertirse en un espectáculo visual que mezcla lo sagrado con lo profano, la aristocracia con el pueblo llano y la tradición bíblica con la vida diaria de las calles napolitanas.

Orígenes y consolidación histórica

La tradición del belén en Nápoles hunde sus raíces en la Edad Media, cuando las representaciones de la Natividad comenzaron a popularizarse en toda Europa tras el impulso de San Francisco de Asís, quien en 1223 creó el primer pesebre viviente en Greccio (provincia de Rieti, Italia). Sin embargo, el belén napolitano tal como lo conocemos hoy alcanzó su máximo esplendor durante el siglo XVIII, particularmente bajo el reinado de Carlos VII de Nápoles (Carlos III de España), entre 1734 y 1759.

Durante este período, la ciudad de Nápoles vivió un renacimiento cultural sin precedentes. El monarca borbón, gran mecenas de las artes, fomentó el desarrollo de diversas manifestaciones artísticas, y el belén se convirtió en una verdadera obsesión para la nobleza napolitana. Las familias aristocráticas competían entre sí por poseer los belenes más espectacular-

res, encargando a los mejores artesanos la creación de escenas magníficas y sumamente ricas en detalles que llegaban a ocupar habitaciones enteras de sus palacios.

El belén cortesano: arte y devoción

Los belenes napolitanos del siglo XVIII eran auténticas obras de arte que requerían la colaboración de diversos especialistas. Los escultores tallaban las cabezas, manos y pies en madera o terracota, con un realismo extraordinario que captaba expresiones faciales llenas de vida. Los cuerpos se elaboraban con armazones de alambre y estopa, lo que permitía dotarlos de posturas dinámicas y naturales. Los sastres confeccionaban minúsculos vestidos con tejidos preciosos: sedas, brocados, terciopelos y encajes que reproducían fielmente la moda de la época.

Los mejores artesanos del momento, como Giuseppe Sanmartino, conocido por el célebre *Cristo velado* de la Capilla Sansevero, también trabajaron en la creación de figuras para belenes. Otros maestros destacados fueron Giuseppe Gori, los hermanos Mosca, y Francesco Celebrano, cuyos trabajos pueden contemplarse hoy en museos como el de San Martino en Nápoles, que alberga la colección de belenes históricos más importante del mundo.

Abajo, detalle de un mercado en un belén napolitano histórico, perteneciente a la colección de los duques de Cardona, donde se representan oficios tradicionales como el del carnicero y la vendedora de alimentos. A la derecha, escena de la vida cotidiana en un belén napolitano del siglo XVIII conservado en el Museo Nacional de Artes Decorativas (Madrid), con figuras de terracota policromada y vestiduras de tejidos naturales. La composición reproduce un ambiente de ruinas clásicas, recurso habitual del belenismo napolitano, poblado por campesinos y pastores. Entre las figuras, destaca la madre amamantando a su hijo.



La escenografía: un microcosmos napolitano

Lo verdaderamente revolucionario del belén napolitano es su concepción escenográfica. A diferencia de otras tradiciones belenísticas que se limitaban a representar la escena de la Natividad y los episodios evangélicos, el belén napolitano recrea un universo completo donde lo divino y lo humano conviven sin solución de continuidad.

La estructura típica de estos belenes presenta una composición en varios niveles. En la parte superior suele situarse el anuncio a los pastores, con el ángel suspendido en el cielo estrellado. El nivel intermedio acoge la gruta de la Natividad, generalmente representada entre ruinas clásicas que evocan la decadencia del mundo pagano ante el nacimiento de Cristo. La parte inferior y más extensa del belén se dedica a representar la vida cotidiana napolitana del siglo XVIII.

El pueblo en el belén: un retrato social

Aquí radica uno de los aspectos más fascinantes del belén napolitano: la incorporación masiva de personajes populares que van desarrollando sus actividades diarias, aparentemente ajenos al prodigio que está aconteciendo en la gruta. Encontramos al *pizzaiolo* amasando su masa, la vendedora de pescado pregonando su mercancía, el carnicero cortando carne, la lavandera tendiendo ropa, músicos tocando sus instrumentos, y toda una galería de tipos humanos que constituyen un auténtico retrato sociológico del Nápoles dieciochesco.

Esta mezcla de lo sagrado y lo profano no era casual ni irreverente. Respondía a una concepción teológica profunda en realidad: la Encarnación como acontecimiento que penetra en lo más hondo de la realidad humana. Cristo no nace en un espacio abstracto o idealizado, sino en medio de la vida real, con sus trabajos, sus comercios, sus miserias y sus alegrías. Cristo es tan humano como lo son esas gentes, tan de carne y hueso como ellos (comprende sus necesidades, las comparte).

Simbolismo y elementos recurrentes

El belén partenopeo está repleto de símbolos que enriquecen su lectura. La taberna, por ejemplo, representa el mundo pagano que ignora la llegada del Mesías, absorto en sus placeres terrenales. Las ruinas clásicas simbolizan el fin del mundo antiguo. Los doce pastores que se acercan a adorar al Niño representan los doce meses del año y, por extensión, el tiempo que se rinde ante la eternidad.

Algunos personajes tienen un significado particular. *Benino*, el pastor dormido, representa a la humanidad que debe despertar ante el misterio de la Encarnación. *Ciccibacco*, el glotón, simboliza los vicios mundanos. Los vendedores de alimentos específicos también tienen su simbolismo: el pescadero alude a Cristo y a los primeros cristianos, mientras que el vendedor de quesos representa la abundancia y la prosperidad que trae el Mesías.

Los grandes talleres artesanos

La calle de San Gregorio Armeno, en el corazón del centro histórico de Nápoles, se convirtió desde el siglo XVIII en el epicentro de la producción belenística y lo sigue siendo hoy en día. Esta estrecha vía concentraba (y concentra) los talleres de los maestros artesanos especializados en su creación.

La producción era altamente especializada. Algunos talleres se dedicaban en exclusiva a la creación de cabezas, otros a los cuerpos, otros a la ropa. Existían artesanos expertos en crear miniaturas de alimentos con una verosimilitud asombrosa: panes, frutas, verduras, pescados, carnes, quesos y dulces elaborados con cera, pasta de papel o terracota policromada que reproducen con exactitud los productos de los mercados.

El belén en los museos europeos

Con el devenir del tiempo, la fama de los belenes napolitanos traspasó las fronteras del Reino de Nápoles. Muchas cortes europeas desearon poseer ejemplares de estas obras, y así en-



El *Cristo velado*, obra maestra en mármol realizada en 1753 por Giuseppe Sanmartino para la Capella Sansevero de Nápoles, es uno de los grandes hitos del virtuosismo escultórico partenopeo. Sanmartino, por otra parte, también destacó en la realización de figuras para belenes.

contramos magníficas colecciones en museos de toda Europa. El Museo Nacional Bávaro de Múnich alberga una extraordinaria colección que incluye el belén *Cuciniello*, uno de los más espectaculares del siglo XVIII. El Metropolitan Museum of Art de Nueva York también posee una importante colección napolitana, al igual que el Museo Franz Mayer de Ciudad de México.

En España, el Museo Nacional de Escultura de Valladolid conserva belenes napolitanos traídos por la realeza español-

la, dado que los Borbones napolitanos y españoles mantenían estrechos vínculos dinásticos y culturales (el propio Carlos III, antes de ser rey de España, fue un gran promotor del belén napolitano durante su reinado en Nápoles).

Técnicas y materiales

La factura técnica de estas piezas es extraordinaria. Las cabezas se tallaban en madera de tilo o se modelaban en terracota,



Escena urbana del belén napolitano perteneciente a la colección histórica de los duques de Cardona, donde se representa la llegada de una dama en silla de manos, acompañada por lacayos vestidos a la moda cortesana. A su alrededor, músicos, vendedores y bailarines muestran la variedad social y el dinamismo propios de los nacimientos napolitanos.

para después ser policromadas con gran minuciosidad. Los ojos se realizaban con cristal, y en los ejemplares más refinados se insertaban pestañas naturales y dientes de marfil. El cabello era auténtico, cuidadosamente peinado según la moda de la época.

Los cuerpos articulados permitían adoptar las posturas más variadas, desde figuras erguidas hasta personas agachadas, sentadas o realizando movimientos complejos. Las manos se esculpían con un realismo asombroso, captando cada arruga, cada tendón, cada uña. Los pies descalzos de los pastores mostraban la suciedad del camino...

Pervivencia y tradición viva

A diferencia de otras manifestaciones artísticas del Antiguo Régimen que han quedado como testimonios museísticos, el belén napolitano sigue siendo una tradición viva. Las familias napolitanas continúan montando sus belenes cada Navidad, y los artesanos de San Gregorio Armeno perpetúan las técnicas centenarias, aunque también innovan incorporando personajes contemporáneos.

Esta continuidad permite comprender el belén napolitano no solo como una manifestación artística del pasado, sino como un fenómeno cultural que conecta generaciones. Los niños napolitanos crecen ayudando a montar el belén familiar, aprendiendo la disposición de las figuras y el significado de cada elemento, en un ritual que transmite tanto la fe religiosa como la identidad cultural.

En definitiva, el belén napolitano del siglo XVIII representa una síntesis única de arte, religiosidad popular y retrato social. En sus figuras minuciosas y sus escenografías teatrales se despliega toda la complejidad del barroco meridional: la exuberancia formal, el gusto por lo dramático, la mezcla de lo sublime y lo cotidiano, y esa capacidad tan napolitana de encontrar lo divino en medio de la bulliciosa vida de la calle. Estas obras, que pueden contemplarse en museos de todo el mundo, son testimo-



La vía San Gregorio Armeno, en el centro histórico de Nápoles, célebre por sus talleres artesanales dedicados a la fabricación de figuras de belén desde el siglo XVIII y conocida popularmente como la *via dei presepi*.

nio excepcional del genio artesanal napolitano y de una concepción humanista de la religiosidad que no separa lo sagrado de lo profano, sino que los integra en una visión unitaria de la existencia y del ser humano. El belén napolitano nos recuerda que la Encarnación, misterio central del cristianismo, significa precisamente eso: que lo divino se hace presente en lo más hondo de la realidad humana, entre vendedores y pastores, entre trabajos y fatigas, en el corazón mismo de la vida.

Federico Jiménez
Historiador



Dos escenas del belén napolitano Jiennense, donde la tradición dieciochesca se enriquece con detalles simbólicos propios del belenismo meridional: la mujer que atiende las necesidades del hogar y plancha alude a la cura doméstica que precede al nacimiento, y a la par evoca la disposición interior y la pureza previas al acontecimiento sagrado. Por su parte, el mercado rebotante de productos expresa la fertilidad de la tierra y la plenitud que, según la iconografía napolitana, acompaña al misterio de la Encarnación. La acumulación de objetos —panes, frutas, tejidos, utensilios— no es mero realismo, sino una alegoría del mundo cotidiano redimido, un recordatorio de que lo divino irrumpe siempre en medio de la vida común.





Detalle del mismo belén en el que se evidencia la convivencia popular, ya que en él un grupo de comensales comparte comida y bebida en un entorno de taberna al aire libre. La abundancia de platos, vasos y utensilios evoca el carácter festivo del belén napolitano, en el que el gozo comunitario y la celebración forman parte esencial del paisaje que rodea el nacimiento de Cristo, subrayando la alegría terrenal que acompaña al acontecimiento sagrado.



Detalle del belén jiennense, donde una aguadora y un mendigo (el que hemos visto de cerca anteriormente, obra de Lilia Bryl) ocupan el callejón inferior del conjunto, espacio reservado en la tradición napolitana para las figuras que representan la vida marginal y las realidades más duras del pueblo. Estas presencias, lejos de ser anecdóticas, subrayan que el nacimiento de Cristo irrumpe también en los rincones más humildes y olvidados. Por otra parte, en este callejón Pedro Rueda realizó una fachada de una ermita de Arjonilla: una simbiosis total de culturas.



Puesto de pescado en el Belén Napolitano de la Diputación de Jaén, recreado con extraordinario detalle: redes, mariscos, piezas nobles y utensilios evocan un mercado portuario tradicional. A la izquierda, el vendedor —con la camisa abierta, gesto relajado y actitud confiada— aporta un toque de vulgaridad que refuerza el realismo y la viveza de la escena, mientras conversa con la compradora entre el bullicio del pueblo. Por otra parte, cabe destacar la medalla de la Virgen que cuelga del cuello del pescadero y el bolso de ella, objetos de plata de gran detallismo.



Una comparación entre tradiciones



os belenes europeos

El arte belenístico constituye una de las manifestaciones más ricas y diversas de la cultura navideña europea. Mientras que el belén napolitano destaca por su exuberancia barroca y complejidad social, otras tradiciones europeas han desarrollado estilos propios que reflejan las particularidades culturales, artísticas y religiosas de sus regiones de origen. Conocer las características distintivas de los principales belenes europeos, estableciendo comparaciones entre ellos, es necesario para comprender la riqueza de esta expresión artística y devocional.

El belén ibérico: sobriedad y misticismo

La tradición belenística en la península ibérica se caracteriza por una marcada sobriedad que contrasta notablemente con la exuberancia napolitana. En España, el belén tradicional muestra una preferencia por la austeridad compositiva y el enfoque en lo esencial del Misterio de la Natividad.

Las figuras del belén español, especialmente las andaluzas y murcianas, presentan una técnica de elaboración distintiva. Se fabricaban tradicionalmente en barro cocido policromado, con

especial atención a los detalles de los rostros y las vestimentas. A diferencia de las figuras napolitanas, que utilizaban armazones de alambre y cuerpos de estopa con cabezas y extremidades de terracota, las figuras ibéricas tienden a ser piezas completamente moldeadas en barro o madera tallada.

La composición social del belén español difiere sustancialmente de la napolitana también. Mientras que en Nápoles encontramos representaciones de todas las clases sociales con gran detalle costumbrista, el belén ibérico se centra más en los personajes esenciales de la Natividad: la Sagrada Familia, los pastores, los Reyes Magos y los ángeles. Las escenas de la vida cotidiana, tan abundantes en los belenes napolitanos, aparecen de forma más moderada en la tradición española.

Un elemento característico del belén español es la incorporación de la arquitectura regional. Los edificios representados suelen evocar construcciones típicas de pueblos castellanos, andaluces o levantinos, con sus casas encaladas, tejados de teja árabe y plazas con fuentes. Esta tendencia a la contextualización local contrasta con la recreación de arquitectura clásica y

oriental presente en otros belenes europeos.

Entre los españoles, uno de los más destacados es el realizado por Francisco Salzillo entre 1776 y 1783 para el noble murciano Jesualdo Riquelme y Fontes y completado por su discípulo Roque López y su taller, que se concluyó en 1800.

A pesar de la sangre napolitana de Salzillo, el de la colección Riquelme se diferencia del *presepe* napolitano al inspirarse en el campesinado español, por su profundo sentimiento religioso y su tendencia a la narración, así como por el modelado de las figuras con sus ricas policromías. Las figuras tienen un tamaño de unos treinta centímetros y están realizadas con arcilla, pero también las hay de madera, con lienzos y telas encoladas. Ricamente policromadas, incluso directamente sobre la arcilla, presentan un modelado menudo, ligero y preciosista dentro de la tradición rococó.

El belén provenzal: los “santons” de la Provenza

La tradición belenística de la Provenza francesa ofrece características únicas que la distinguen claramente tanto del modelo napolitano como del español. Los *santons* (del provenzal *santoun*, pequeño santo) constituyen figuras de arcilla sin cocer, de pequeño tamaño, generalmente entre 5 y 15 centímetros. La técnica de fabricación de estos es notablemente diferente a la napolitana. Se modelan por completo con arcilla y se pintan



Escena del Belén de Francisco Salzillo (siglo XVIII), uno de los conjuntos belenísticos más importantes del barroco español. Las figuras están modeladas en barro cocido y policromadas con extraordinario detallismo.

con colores vivos y brillantes, sin la complejidad estructural de las figuras napolitanas con sus vestidos de tela auténtica. Sin embargo, esta simplicidad técnica no implica menor valor artístico, sino una estética diferente basada en la tradición popular y artesanal. El aspecto más distintivo del belén provenzal es su carácter profundamente regionalista y costumbrista.

Los *santons* representan los oficios y personajes típicos de los pueblos provenzales del siglo XIX: el panadero (*le pistachié*), el molinero, el ciego y su hijo, el tamborilero (*le tambourinaire*), el alcalde, el cura, el guardia municipal y numerosos artesanos y campesinos. Esta galería de personajes crea una verdadera demostración de la sociedad provenzal transportada al momento de la Natividad.



A la izquierda, un *santon* provenzal representa a la panadera con su cesta de panes y rosquillas. A la derecha, una pirámide navideña alemana (*Weihnachtspyramide*), originaria de la región de Erzgebirge, muestra escenas del belén distribuidas en varios niveles que giran con el calor de las velas, ejemplo singular del arte navideño centroeuropeo.

A diferencia del belén napolitano, donde coexisten elementos sagrados y profanos en una misma escena compleja, el belén provenzal organiza las figuras en una procesión o cortejo que se dirige hacia el portal de Belén. Esta disposición narrativa crea un sentido de movimiento y peregrinación hacia el Misterio.

El belén alemán y centroeuropeo: madera y tradición nórdica

Las regiones de habla alemana desarrollaron una tradición belenística con características propias, fuertemente influida por la artesanía de la madera y el estilo gótico tardío y renacentista.

El belén alemán tradicional, especialmente el de las regiones alpinas como Baviera, Tirol y los territorios austriacos, se distingue por el uso predominante de la madera tallada. Las figuras, de madera de tilo, pino o abeto, presentan un acabado policromado con colores suaves y naturales. Esta técnica contrasta

radicalmente con las figuras de terracota vestidas con telas del belén napolitano o las figuras de arcilla del provenzal. Además, la composición del belén alemán tiende a ser más sintética y centrada en lo esencial del Misterio. Las escenas se concentran en la Sagrada Familia, algunos pastores y los Reyes Magos, sin la profusión de personajes secundarios característica de otras tradiciones. Esta sobriedad refleja tanto la influencia de la Reforma protestante en algunas regiones como una estética más contenida y espiritual.

Por otra parte, los edificios y arquitecturas del belén alemán evocan construcciones alpinas: casas de madera con tejados inclinados preparados para la nieve, establos de montaña y ocasionalmente ruinas románicas o góticas que añaden un elemento de historicidad. El paisaje suele incluir elementos centroeuropeos: bosques de coníferas, montañas nevadas y arroyos, creando una ambientación muy diferente a la mediterránea de los napolitanos o ibéricos.

El belén catalán: el “pessebre” y el “caganer”

Cataluña desarrolló una tradición belenística propia con elementos únicos. El *pessebre* catalán comparte algunas características con el belén ibérico general, pero incorpora elementos distintivos que merecen atención. Por ejemplo, las figuras catalanas tradicionales se elaboraban con barro cocido, similares en técnica a las murcianas y andaluzas, pero con un estilo propio en la representación de personajes y vestimentas. La policromía

suele ser sobria, con predominio de tonos terrosos y naturales. El elemento más característico y conocido del belén catalán es el *caganer*, figura de un campesino defecando que se coloca discretamente en algún rincón del belén. Aunque pueda parecer irreverente, esta figura tiene raíces en el simbolismo agrícola de fertilidad de la tierra y representa la conexión con lo terrenal y cotidiano en contraposición con lo sagrado. Ninguna otra tradición belenística europea incorpora un elemento comparable. Otro personaje típico del *pessebre* es el *tió de Nadal*, un tronco que forma parte de las tradiciones navideñas catalanas, aunque su relación con el belén propiamente dicho es más tangencial.

El belén siciliano: entre Nápoles y África

Este merece mención aparte por representar un puente entre la tradición napolitana y las influencias mediterráneas más meridionales. Las figuras sicilianas muestran influencias árabes y norteafricanas en los rostros, vestimentas y escenografías. La técnica de elaboración es similar a la napolitana, con figuras articuladas y vestidos de tela, pero la paleta de colores tiende a ser más cálida y brillante. Los escenarios incorporan elementos arquitectónicos que recuerdan tanto a Nápoles como a las construcciones árabes que caracterizan ciudades sicilianas como Palermo o Trapani.

Materialidad y técnica

Un análisis comparativo de las técnicas revela diferencias fundamentales en la concepción artística de cada tradición:

- El belén napolitano destaca por su complejidad técnica: armazones de alambre, cuerpos de estopa, cabezas y manos de terracota modelada, ojos de vidrio, y vestimentas de tejidos auténticos, a menudo de gran riqueza. Esta sofisticación técnica permite gran realismo y capacidad expresiva.
- El belén provenzal, con sus *santons* de arcilla completamente modelados y pintados, representa una tradición más

Figura del Tió de Nadal, personaje tradicional de la Navidad catalana documentado desde el siglo XVIII. Este tronco humanizado, cubierto con barretina y patas de madera, se alimenta simbólicamente durante el Adviento y, según la costumbre, “caga” regalos el día de Navidad tras ser golpeado con bastones mientras se entonan canciones rituales.



popular y accesible, donde la reproducción seriada permitía que familias modestas pudieran adquirir colecciones completas de figuras.

- El belén alemán, con sus figuras talladas en madera, refleja la tradición artesanal de las regiones forestales centroeuropeas y una estética más cercana a la escultura que a la combinación de técnicas del belén napolitano.
- El belén español en barro o madera tallada se sitúa en un punto intermedio, con figuras más sencillas técnicamente que las napolitanas pero capaces de gran expresividad y calidad artística.

Así, podemos concluir que cada tradición ha sabido adaptar el mensaje universal de la Natividad a su propio contexto cultural, técnico y espiritual, creando un patrimonio artístico y devocional de valor incalculable que continúa vivo en pleno siglo XXI.

Nem Labsig
Historiadora del arte



Escena central del belén jiennense, donde la Sagrada Familia aparece rodeada de querubines y figuras cortesanas según la estética teatral del siglo XVIII. La arquitectura en ruinas, inspirada en modelos grecorromanos, simboliza el final del viejo mundo pagano ante el nacimiento de Cristo, mientras los colores vibrantes y los gestos expresivos de las figuras refuerzan la narración dramática propia del belén napolitano. Por otra parte, aquí puede observarse el virtuosismo y mimo con el que lo realizaron Pedro Rueda y María del Rosario Córdoba, que emplearon telas preciosas como la seda, bordados en hilo de oro, joyería auténtica, etc.

Dos detalles del belén de la Diputación de Jaén que muestran la amplitud narrativa propia de esta tradición: arriba, un personaje popular aporta humor y vitalidad a la escena; a la derecha, la vendedora de lotería de la ONCE, un personaje de hoy y que Pedro quiso incorporar al belén. Abajo, músicos turcos de los que cabe diferenciar la maestría de sus instrumentos. Estos avanzan, engalanados con riqueza realizando gestos ceremoniales, subrayando el contraste entre la vida humilde del pueblo y la fastuosidad asociada a la llegada de los Reyes Magos.





Muchacho risueño del *presepe*, este joven equilibra su peonza o trompo de barro con una desenvoltura casi teatral. La chaqueta minuciosamente tejida, el chaleco bordado con hilo de oro y las calzas de paño revelan el virtuosismo con el que se realizó el belén y la exquisita entrega que tuvieron a él Pedro y María del Rosario. Su gesto abierto encarna la alegría popular que, desde el siglo XVIII, introdujo el belén napolitano para celebrar la vida cotidiana junto al misterio sagrado.



Escena singular de aceituneros, una aportación propia del matrimonio Rueda–Córdoba que rara vez aparece en los belenes tradicionales y que aquí confiere carácter y raíz territorial al conjunto. La labor del vareo, el cribado y el acarreo de la aceituna evocan la geografía concreta de la bella tierra de Jaén, integrando en el *presepe* la memoria viva de su paisaje agrario y de quienes lo trabajan.



losario

Simbología del belén napolitano

Ángeles

Los tres ángeles sobre la gruta representan la Trinidad: el “Gloria del Padre” con el pergamino, el “Gloria del Hijo” con el incensario y el “Gloria del Espíritu Santo” portando una trompeta. En la fenomenología bachelardiana, estos mensajeros celestes habitan el espacio vertical de la ensoñación ascendente, donde la materia se espiritualiza y el aire se convierte en vehículo del anuncio divino. Su suspensión sobre el portal constituye una poética de la elevación, esa conquista imaginaria del cielo que Bachelard identificaba como deseo primordial del ser humano.

“Benino” (pastor dormido)

El pastorcillo que duerme aparece al comienzo del primer descenso, y según la tradición el pesebre nació de su sueño y dejaría de existir cuando despertara. Representa la ensoñación creadora que Bachelard consideraba el núcleo de la imaginación poética: el sueño que genera mundos. Su figura encarna la dialéctica vigilia-sueño también.

Buey y burro

Ambos calientan a Jesús y simbolizan el bien y el mal, dos fuerzas que con su equilibrio mantienen el orden del mundo. Estos animales encarnan la coincidencia de los contrarios, ese espacio intermedio donde Bachelard situaba la materia como campo

de fuerzas opuestas en tensión. Su aliento cálido sobre el recién nacido es la imagen del calor primordial, esa ensoñación amable y térmica que protege y acoge lo vulnerable.

“Ciccibacco”

Se trata de la personificación del dios pagano Baco, con su aspecto rojizo y vientre prominente, rodeado de gaiteros y flautistas que recuerdan los ritos dionisiacos. Esta figura materializa la tensión entre lo sagrado cristiano y lo profano pagano, frontera que Bachelard entendería como el límite donde la materia alcanza su máxima densidad vital.

Gitana

Una gitana vaticinó el nacimiento del Niño y por el pecado de presunción se convirtió en lechuza; con el niño en brazos simboliza la profecía de la huida a Egipto (una huida que en este belén, Vicente Barba, arqueólogo y egiptólogo, ha realizado con arena y objetos propios traídos desde Egipto: el belén sigue vivo, continúa sumando elementos en función de las manos que lo construyan...). La gitana representa el conocimiento adivinatorio, ese saber intuitivo que Bachelard asociaba con la imaginación material capaz de penetrar el futuro. Su metamorfosis en lechuza constituye una poética del castigo donde lo humano se animaliza, donde la transgresión muta la forma corporal.

Lavanderas

Junto al río, estas representan a las parteras que presenciaron el nacimiento de Jesús, y las toallas que usaron están milagrosamente limpias simbolizando la virginidad de María. En la fenomenología de Bachelard, el agua que lava es sustancia purificadora por excelencia, el elemento que disuelve la mancha y restituye la inocencia original.

Pescador

Representa la vida y también el bajo infierno, pero también recuerda a san Pedro, el pescador de almas. Su figura condensa la dialéctica altura-profundidad que Bachelard exploraba como ejes de la imaginación vertical. Situado junto al agua, trabaja con la materia líquida que guarda en su hondura tanto la vida como la muerte, esa ambigüedad esencial del abismo acuático.

Pozo

Simboliza la conexión entre la superficie y el mal antes de que surja el bien, expresando la comunicación entre arriba y abajo. Constituye la imagen vertical invertida: el agujero que penetra hacia las entrañas terrestres, ese descenso que Bachelard identificaba con el inconsciente. En su oscuridad circular el agua subterránea conecta el mundo visible y el invisible.

Puente

Indica el paso a lo desconocido; representa el tránsito entre el aquí y el más allá. Esta construcción materializa la transformación, el pasaje, ese momento liminar donde se abandona una orilla para alcanzar otra en movimiento irreversible.

Reyes Magos

Tradicionalmente son tres: Baltasar, el viejo sobre caballo negro (la noche), Gaspar, el joven sobre caballo blanco (el mediodía) y Melchor, el moro sobre caballo leonado (el amanecer). Repre-

sentan el tiempo cósmico cristalizado en figuras, la jornada solar condensada en tres momentos arquetípicos. Bachelard vería en su cortejo la ensoñación del viaje iniciático, ese desplazamiento horizontal hacia el centro luminoso donde convergen todos los caminos.

Río

Simboliza el tiempo pero también la vida y el parto de María. Es la materia fluida por excelencia, esa agua que nunca reposa y que Bachelard identificaba con el devenir irreversible; esa sustancia líquida que arrastra todo hacia un destino inevitable mientras genera vida en sus orillas.

Ruinas romanas

Cristo nace entre ruinas clásicas romanas simbolizando el nacimiento de la Iglesia y el fin del mundo pagano, el templo en ruinas enfatiza el triunfo del cristianismo. La ruina es materia vencida por el tiempo, forma que fue y que ahora acoge paradójicamente lo nuevo.

Sagrada Familia

María, vestida de rosa con manto azul, José, con túnicas moradas y amarillas, y el Niño Jesús representan el equilibrio entre fuerzas del bien y del mal en el orden divino. Ocupan el centro geométrico y simbólico del belén, el núcleo inmóvil donde converge toda la ensoñación belenística. Bachelard reconocería en este grupo la intimidad del refugio primordial.

Vinatero

Simboliza la Eucaristía y forma parte de los vendedores de comida que representan alegóricamente los doce meses del año. El vino es sangre vegetal transmutada, líquido solar que guarda en su densidad roja la promesa de la metamorfosis espiritual, sustancia capaz de transformarnos.



Detalles

¡Encuéntralos en el belén!

El valor de los pequeños gestos

Este belén es fruto del amor a la cultura. Por eso está lleno de miles de detalles que te transportarán a tu infancia, a los recuerdos que atesoras de tus seres queridos, a la belleza de nuestra buena tierra. Fíjate bien, demórate, sueña... No vayas con prisa, porque no solo podrás encontrar los elementos que aquí te mostramos: te aguardan otros, de diferentes tiempos y mundos, que hemos querido incluir desde la Diputación de Jaén y dejar ocultos como testimonio de que el belén continúa, como buen sismógrafo, registrando los cambios de la vida. Búscalos. Disfruta de tu visita.



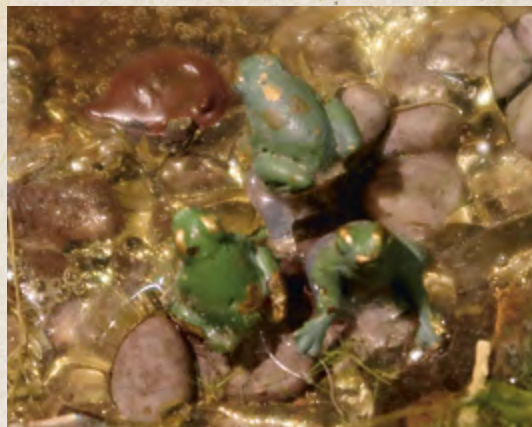
De las ánforas de perfil arqueológico (son réplicas exactas de las romanas), los artesanos que muestran tejidos primorosamente trabajados, cada escena despliega un oficio y una memoria. La figura con el incensario aporta solemnidad ritual, mientras que el plato con pan y huevos, con esa navaja albaceteña, evoca, inevitablemente, a la *Vieja friendo huevos* de Velázquez. El amor por la cultura de Pedro y María del Rosario se siente en cada detalle.





a la izquierda, detalle minucioso de la carpintería —con parte de sus herramientas en miniatura, desde sierras y mazos hasta bancos de trabajo—, que dialoga con la imagen de abajo perfectamente, la rueda, ensamblada del carro, cuyo diseño de radios y llanta reproduce modelos históricos. Juntas, ambas imágenes subrayan la importancia del oficio artesanal en la cultura tradicional mediterránea y la fidelidad del belénismo a la técnica y la vida cotidiana de su época.





Aquí vemos tres guiños diminutos a la vida del paisaje: una tortuga en pleno avance, cuyos caparazón y extremidades reproducen fielmente la textura natural, unas ranas modeladas con precisión, posadas entre aguas resinosas y musgo y un pajarillo en su jaula que con su canto irrumpe de manera alegre en su escena. Estos detalles muestran cómo la escenografía incorpora también la fauna menor, enriqueciendo el belén con un realismo atento y casi microscópico.





Dos escenas complementarias resaltan la ternura del mundo pastoril: a la izquierda, un hombre sostiene con cuidado un cordero recién nacido, envuelto en telas que recuerdan la fragilidad de la vida; a la derecha, una oveja está pariendo (ya asoma la carita de su cría), modeladas con un realismo que capta la textura de la lana y la extenuación del parto. Ambas imágenes evocan el simbolismo de la inocencia y la protección, elementos esenciales en la iconografía tradicional.



Arriba a la izquierda, un pequeño botijo de barro (hacia las veces de cantimplora), suspendido por una cuerda sobre la roca y el musgo, reproduce con fidelidad las vasijas populares usadas para refrescar el agua. Sobre estas líneas, un fuelle para avivar el fuego, minuciosamente tallado y decorado, que era indispensable en las cocinas y fraguas antiguas: su boquilla estrecha concentraba el aire para reanimar las brasas, símbolo de la vida doméstica y del calor que sostiene el hogar. Y abajo, a la izquierda, una trilla o trillo para arar en las eras, con todos sus sílex incrustados. Estos detalles minuciosos aportan otro guiño a la vida cotidiana y subrayan la vocación del belenismo por integrar los gestos más humildes de la vida mediterránea en sus diferentes escenas. El Misterio “dialoga” con el mundo presente.



A la izquierda, ¡la máscara de Agamenón en la pierna del rey Baltasar!, a la derecha, detalle del Misterio, donde los ángeles músicos anuncian desde lo alto el nacimiento de Cristo. Sus instrumentos y la disposición aérea subrayan el carácter festivo y celestial propio de este tipo de composiciones.



Las cabezas de los bueyes revelan la delicadeza extrema de la imaginería del belén: el modelado fino del morro y la noble inclinación de las astas se acompañan de unos ojos de cristal que aportan una viveza sorprendente, como si el animal respirara en silencio, acompañando. Y ese bolso de plata labrada de la compradora de pescado... ¡Delicadeza!





Las gallinas, modeladas con un realismo sorprendente, muestran el esmero puesto en las texturas del plumaje y en la vivacidad de las crestas, evocando la presencia esencial del corral en la vida cotidiana mediterránea. En la otra escena, la figura sostiene una navaja albaceteña articulada, una pieza minúscula pero plenamente funcional, capaz de abrirse y cerrarse, que demuestra hasta qué punto la artesanía del belén alcanza niveles de precisión casi miniaturista.



Las pequeñas naturalezas muertas del belén revelan un virtuosismo extraordinario: desde los rulos de prensa de la almazara, trenzados fibra a fibra, hasta la espuerta de madera repleta de aceitunas en miniatura, cada objeto late con vida propia. La precisión cromática de los peces —casi húmedos, como recién sacados del mar— y la finura con la que se reproducen los berberechos hablan de una observación minuciosa del mundo real, transferida al *presepe* jiennense con un rigor casi etnográfico.







centro cultural
BAÑOS ÁRABES
Palacio de Villardompardo • Jaén